
824
EL TEATRO
MODERNO
Fco
MORANO
AZORIN
Lo Invisible
Sago
XXVIII



EL TEATRO
MODERNO
Director : LUIS URIARTE

Azorín

LO INVISIBLE

(TRILOGÍA)

PROLOGO.-LA ARAÑITA EN EL ESPEJO-
EL SEGADOR-DOCTOR DEATH, DE 3 a 5

Estrenada en la Sala Rex, de Madrid,
el 24 de noviembre de 1928

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO IV 1-XII-1928 NÚM. 171

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PROLOGO	
La actriz...	*Natividad Zaro.*
Una señora...	*Magda Donato.*
El autor...	*"Azorín".*
El traspunte...	*C. Rivas Cherif.*
LA ARAÑITA EN EL ESPEJO	
Leonor...	*Natividad Zaro.*
Lucía...	*Regina.*
Don Pablo...	*Eusebio de Gorbea.*
La voz de un mendigo...	*C. Rivas Cherif.*
DOCTOR DEATH, DE 3 A 5	
La enferma...	*Magda Donato.*
La hermana de la Caridad... ...	*Regina.*
Un viejecito...	*Ernesto Burgos.*
El ayudante del doctor...	*Felipe Lluch Garin.*

A Rosario Pino

siempre niña, siempre con tan fina y vivaz sensibilidad.

PROLOGO.—LA ARAÑITA EN EL ESPEJO.—EL SEGADOR.— DOCTOR DEATH, DE 3 A 5

Sobre el tablero de la mesa—limpio, despejado—un ramo pomposo de rosas. Algunos pétalos han caído, y reposan en la brillante superficie. Un libro abierto. Lectura larga, despaciosa, entrecortada de meditaciones. Ese libro ha sido leído, vuelto a leer, sentido, a lo largo de muchos meses. El autor era uno de los más grandes poetas contemporáneos. Vivía solitario, abstraído, obsesionado por su último trance. Su vida parecía un hilito de cristal; a cada momento podía ser roto. Podían romperlo un soplo tenue, una vibración casi imperceptible, la caída de uno de estos pétalos de las rosas, que se van desprendiendo ahora, en el silencio, sobre el limpio tablero. Un día, cuatro líneas en los periódicos. Nada más. La vorágine de los sucesos universales continuaba. Parecía que en el tráfago mundanal, entre el estrépito de las cosas, se había oído como un debilísimo lamento. No era nada y era mucho. Era, en el curso de la Humanidad, uno de los mayores sucesos que pudieran acontecer. El poeta más fino entre todos los modernos desaparecía. Con el silencio, la delicadeza, la suavidad con que había vivido, se iba de este mundo. El cielo, aquella mañana en que leía yo la noticia, estaba radiante. Las rosas rojas resaltaban entre la verdura del follaje. Todo era lo mismo que antes, y un cambio profundo se había operado en las regiones del espíritu. La Humanidad se sentía aminorada. Rainer-María Rilke había muerto. Durante muchos meses, yo había ido sintiendo vibrar la sensibilidad del poeta en sus obras. La muerte era la obsesión de Rilke. "Señor—escribía el poeta—, da a cada cual su muerte, su muerte adecuada, una muerte que salga verdaderamente del fondo de nuestra vida... Porque nosotros, los morta-

les, no somos más que la corteza y la hoja. Y todo tiende, entre los humanos, como el fruto natural, hacia la grande muerte que cada cual lleva en sí."

La lectura de la obra maestra del gran poeta, *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*—el libro de la Muerte—, ha suscitado estos tres actos, escritos para que una actriz pueda desenvolver todo su arte.

Madrid, mayo 1927.

PROLOGO

PERSONAJES

La actriz.—Una señora.—El autor.— El traspunte.

Cortina o telón de primer término. En escena, la Actriz y el Autor.

AUT. ¿Se va ya a principiar?
ACTR. Faltan unos minutos.
AUT. ¿Han dado ya la segunda?
ACTR. Todavía no. *(Aparece una señora vestida con un traje corriente. Se dirige a la Actriz.)*
SEÑO. ¿Un momento, señora?
ACTR. Todos los que usted quiera.
SEÑO. Pocos; la representación va a comenzar.
AUT. Yo, con permiso de ustedes, me retiro.
SEÑO. No, no; es usted el autor de la obra, y yo tengo interés en que el autor asista a esta conversación.
AUT. Si es así...
SEÑO. Por usted tanto como por la actriz, la eminente actriz, he venido.
ACTR. Gracias, señora.
SEÑO. ¿No me conocen ustedes? *(Aparece el traspunte con el libreto en la mano.)*
TRASP. ¿Doy la segunda?
SEÑO. ¿Quién es este caballero?
ACTR. El traspunte de la compañía.
TRASP. Servidor de usted.
SEÑO. ¿Y usted no me conoce tampoco?
TRASP. No, señora, no.
SEÑO. Se me quedaba usted mirando de un modo...
ACTR. Si usted permite, el traspunte ha de ir a ultimar algunos detalles.
TRASP. Con permiso. *(Se marcha.)*
SEÑO. Me he permitido venir para tener el gusto de saludar a ustedes.

ACTR. Gracias.
AUT. Muchas gracias.
SEÑO. Y ustedes saben quién soy... y no lo saben.
ACTR. Si he de decir la verdad...
AUT. En cuanto a mí...
SEÑO. No, si no tiene nada de particular. Usted representa bien, maravillosamente, la obra.
ACTR. Muy bondadosa.
SEÑO. Y usted... A usted yo quisiera decirle algo sin que se incomodara.
AUT. Puede usted decir cuanto quiera.
SEÑO. ¿Cree usted que se puede jugar con cosas serias, muy serias?
AUT. ¡Oh, indudablemente que no!
SEÑO. ¿Cree usted que los grandes misterios de la vida pueden ser tratados a la ligera?
AUT. Me hace usted unas preguntas...
SEÑO. Las que debo.
ACTR. Señora, usted perdone. Yo creo que estamos representando una escena un poco misteriosa.
SEÑO. Muy misteriosa, en efecto; así es.
AUT. Yo, hasta ahora, no comprendo nada de lo que esta señora dice.
SEÑO. Conozco su obra. He visto su representación. Señor autor: cuidado con lo que se hace.
AUT. ¿Por qué he de tener cuidado?
SEÑO. Mucho cuidado, repito, con lo que se escribe; llevar a la escena temas como éste es un poco peligroso.
AUT. Peligroso, ¿por qué?
SEÑO. ¿No lo cree usted, señora?
ACTR. Si usted no se explica mejor...
SEÑO. Usted interpreta bien los personajes; su gesto su cara, toda su persona expresa el misterio, el terror. Tiene usted un arte prodigioso para hacer sentir...
ACTR. Hacer sentir ¿qué?
SEÑO. No necesita decirlo. *(Sonriendo ligeramente.)*
AUT. ¿Sonríe usted?
SEÑO. ¿Quiere usted que me nombre a mí misma?



¿Tan poco perspicaz es usted, que no me ha conocido?
ACTR. Entonces usted cree ser...
SEÑO. ¡Bah, bah! Si no lo fuera, ¿estaría yo en todas partes? ¿Sabría yo lo que pasa en todos los lugares del mundo?
AUT. Es curioso.
SEÑO. ¿Dice usted que es curioso? ¿Duda usted? ¿No lo cree?
AUT. Yo no pongo en duda su veracidad.
SEÑO. Hace usted bien. Ahora ha dicho usted unas palabras profundas. ¡Nada hay en el mundo tan verdadero como yo! ¡Yo soy la verdad misma!
ACTR. Pero, en fin, aclaremos ese misterio.
SEÑO. No necesita usted aclaraciones.
AUT. La señora es...
SEÑO. Hable usted; no tenga miedo.
ACTR. Pero ¿es de veras?
SEÑO. ¡Ja, ja, ja! Me hacen ustedes reír. ¡Y si vieran ustedes qué pocas veces río!
AUT. Tiene usted una risa extraña.
ACTR. Muy extraña.
SEÑO. No me ven ustedes con mi propia figura. ¿Creían ustedes que yo iba a ir vestida de negro, con un gran velo? No; ahora voy como todos.
AUT. ¿Lleva usted alguna vez otro traje?
SEÑO. No llevo traje; no lo necesito.
AUT. Es una economía.
SEÑO. ¿Irónico también?
ACTR. Deje usted que hable la señora.
SEÑO. Con un relojito de arena y una guadaña chiquita me basta.
AUT. Menaje sencillo.
SEÑO. Muy sencillo. Todos lo saben... y ustedes también. *(Aparece el traspunte.)*
TRASP. Perdonen ustedes; el público se impacienta.
ACTR. Que toquen una sinfonía larga.
TRASP. Ya lo han hecho.
ACTR. Pues dé usted la tercera.

SEÑO. *(Al traspunte.)* ¿Otra vez me mira usted asombrado?

TRASP. No, señora. ¿Por qué?

ACTR. Deje usted que vaya a dar la tercera.

SEÑO. Yo también suelo dar avisos algunas veces; otras, no. Y mucha gente no los oye.

TRASP. Con permiso de ustedes. *(Se marcha.)*

SEÑO. Yo me voy a marchar también.

AUT. Y quedamos como antes.

SEÑO. Como antes, no.

ACTR. La señora es tan misteriosa...

SEÑO. Saben ustedes quién soy. ¿No es verdad, señor autor?

AUT. Hable usted con franqueza.

SEÑO. Yo he querido venir esta noche a visitar a ustedes; pero es una simple visita de cortesía.

ACTR. Y nosotros... lo agradecemos mucho.

SEÑO. Yo estoy en todas partes; deben saber todos quién soy; pero mucha gente se empeña en no querer saberlo.

ACTR. ¿Está usted en todas partes?

SEÑO. De un modo invisible; pero basta un detalle cualquiera, un incidente, un pormenor insignificante, para que mi presencia se revele a todos. ¿Qué saben los pobres mortales lo que hacen? El más sano, el más fuerte, el más robusto, en pocas horas puede estar conmigo. Basta a veces un vaso de agua, una corriente de aire, un mal paso... Todo en el mundo está lleno de mí. Cuando más descuidada está una persona, yo voy pasito a paso, despacito, callando, y le toco en el hombro con mi guadaña. ¿No lo creen? ¡Qué cara ponen ustedes dos! ¡Ja, ja, ja!

AUT. Sí; gracioso, gracioso.

ACTR. Divertido.

SEÑO. No, no se preocupen.

ACTR. Señora, la representación va a comenzar.

SEÑO. Todo el mundo es una representación. Y yo soy en ella el principal personaje. ¡Ja, ja, ja!

Me voy, me voy. Siempre a las órdenes de ustedes.

AUT. No, no; nunca.

SEÑO. Alguna vez será.

ACTR. Acabemos.

SEÑO. Yo siempre estoy acabando... acabando con los demás.

AUT. ¡Qué pesadilla!

ACTR. Es absurdo.

SEÑO. ¿Absurdo? ¡Ja, ja, ja! Pocas veces me río; pero ustedes me han puesto de buen humor.

ACTR. A escena, a escena.

AUT. A principiar, a principiar.

SEÑO. ¡Ja, ja, ja! *(Desaparece.)*

ACTR. ¡Qué cosa más rara!

AUT. ¡Extravagante!

ACTR. ¡Insensata!

AUT. ¡Locura! *(De pronto vuelve la señora; trae puesta la careta de una calavera. Hace una gran reverencia y torna a desaparecer.)*

AUT. ¿Qué es esto?

ACTR. Un sueño. *(Telón y comienza inmediatamente el acto primero.)*

LA ARAÑITA EN EL ESPEJO

Estrenada en el teatro Eldorado, de Barcelona, por la compañía de Rosario Iglesias, el 15 de octubre de 1927.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Leonor...	*Rosario Iglesias*
Lucía...	*Ascensión Vivero.*
Don Pablo...	*Cecilio Rodríguez de la Vega.*
La voz...	*Manuel Pinto.*

Sala decorosa. Puerta a la derecha; puerta a la izquierda. Al fondo, ancho balcón por el que se divisa, en la lejanía, el mar. Una mesita con libros. Al levantarse el telón, Leonor, que estaba leyendo junto al balcón, lo abre y se asoma a él.

VOZ. ¡Señorita, señorita!
LEO. Perdone por Dios, hermano.
VOZ. Una limosnita.
LEO. No tengo aquí nada.
VOZ. Hágalo por Dios.
LEO. Espere, espere. *(Leonor deja el balcón, se dirige a la puerta de la izquierda y grita:)* ¡Lucía! ¡Lucía! *(Aparece Lucía.)* Lucía, una moneda; diez céntimos.
LUCIA. Tome, tome, señorita. *(Le da Lucía la moneda y Leonor la echa al pobre.)*
VOZ. ¡Dios se lo pague, señorita! ¡Qué buena es usted! ¡Y qué ojos tan bonitos!
LEO. Vaya, vaya, no diga boberías.
VOZ. Sí, sí, señorita; muy bonitos; pero... ¿se lo digo?
LEO. Vamos, diga. *(Esforzándose por sonreír.)*
VOZ. Pero un poco tristes.
LEO. ¿Ves, Lucía? Dice que mis ojos son un poco tristes.
LUCIA. Hermano, hermano, márchese; deje a la señorita.
VOZ. ¡Y que no le pase a usted nada malo, señorita!
LEO. ¡Que no me pase nada malo!
LUCIA. No haga usted caso.
LEO. Los ojos tristes, sí. ¿Cómo no había de tenerlos tristes? Y que no me pase nada malo... Me pasará, me pasará.

LUCIA. No quiero oír decir a usted esas cosas. ¿Qué mal le va a pasar a usted? *(Leonor se yergue en el balcón, e inmóvil, ensimismada, contempla la lejanía. En este momento aparece en la puerta de la derecha don Pablo. Se detiene en el umbral y pregunta por señas algo a Lucía. Lucía, por señas también, contesta negativamente. Don Pablo se pone el dedo índice de través en los labios, indicando silencio, y desaparece. Leonor se vuelve hacia la escena.)*

LEO. ¡Qué pensamientos tan tristes! El mar me pone triste; el mar es misterio y melancolía.

LUCIA. No tiene usted motivos para estar triste.

LEO. Oye, Lucía, ¿con quién hablabas antes?

LUCIA. ¿Yo? Con nadie.

LEO. ¡Qué cosa tan rara! Hay días en que nuestra sensibilidad está tan agudizada que parece... parece que sentimos las cosas a distancia. ¿No hablabas tú con nadie? Hubiera creído que había alguien en la sala.

LUCIA. ¡Oh, no, señorita! No había nadie; estaba yo sola.

LEO. ¿Tú sola? Yo también estoy sola; lo estoy con mis pensamientos... Y mira, soy feliz, casi soy feliz. ¿No he realizado ya mi ensueño?

LUCIA. Sí, sí; a la señorita no le falta nada.

LEO. No me falta nada... Nada más que lo que ya he tenido. Y lo que he tenido es el amor, el afecto, el cariño tan puro, tan generoso, de Fernando.

LUCIA. ¡Ah, sí, sí! Lo que es eso...

LEO. ¿No es verdad que todo parece un sueño? Yo tan enferma, tan débil, tan poquita cosa, casarme con Fernando; con un hombre tan fuerte, tan bueno...

LUCIA. Vamos, vamos, señorita; no se excite usted.

LEO. No, no me ocultes la verdad. No quiero ocultármela a mí misma. Ya no sirven engaños. Yo estoy convencida de todo. Ya cada día lo estoy más. Cada día que pasa, y que veo—y lo veis todos—que mi mal no tiene remedio.

LUCIA. ¡Que me incomodo y llamo a su padre! Llamo a don Pablo y le digo todos los disparates que está usted diciendo.

LEO. Y se los diré también a él. Yo no creía nunca que Fernando llegara a casarse conmigo. Yo enferma, de esta enfermedad... Sí, sí; soy fuerte para saberlo; no me importa ya nada de la vida y del mundo. Lo sé, lo sé; no me lo oculto a mí misma. Yo no creía nunca que Fernando llegara a casarse conmigo. ¡Casarse él, tan sano y fuerte, con una enferma como yo! ¿Le guiaba el amor? ¿Le guiaba una piedad suprema? Yo no lo sé; no he querido saberlo. Cuando por primera vez el brazo de Fernando enlazó mi brazo, yo me sentí desfallecer. Era aquél, querida Lucía, el sueño de toda mi vida.

LUCIA. ¡Ay, Señor, qué cosas dice la señorita!

LEO. Y las digo por algo que no comprendo; por algo que siento en el fondo de mi espíritu y que no acierto a adivinar.

LUCIA. Cálmese, cálmese; no está bien que se excite usted así, señorita.

LEO. Ya desde aquel día no me importaba nada: ni la vida ni la muerte. Un momento, Fernando y yo habíamos sido dichosos; yo era la mujer de Fernando. Ya el ensueño está realizado. Y después Fernando fué llamado a Africa, a la guerra...

LUCIA. Han pasado seis meses.

LEO. Seis meses en que, día por día, he tenido noticias suyas. Su carta diaria era para mí un asombro, una maravilla. Yo decía: "No, no se casó conmigo por piedad. No; me tiene cariño; me tiene amor."

LUCIA. Alguna vez han faltado esas cartas.

LEO. Es verdad; han faltado dos, o tres, o cuatro días. Pero yo sabía que la vida de campaña le obligaba a trabajos que le impedían escribir.

LUCIA. Sí, sí; la guerra tiene sus lances... Hay que pensar en todo.

LEO. ¿Pensar en todo? Yo no pienso en nada malo

para Fernando. Yo pienso en mí misma. Y casi, casi me alegro...

LUCIA. La guerra es cosa terrible.

LEO. Pero la guerra no ha sido cruel con Fernando. ¡Qué heroico siempre, en todos los momentos! ¿Verdad que todos lo dicen?

LUCIA. Sí, sí; el señorito Fernando ha dado un ejemplo muy hermoso.

LEO. Dí, dí; me gusta que me hables de ese modo; me agrada oír esas palabras. Y dentro de unas horas Fernando estará aquí, aq·í junto a mí, entre nosotros.

LUCIA. Ea, señorita; conviene que tenga usted serenidad.

LEO. ¿Por qué?

LUCIA. Porque se desasosiega usted y eso puede dañarle.

LEO. ¿Y qué me importa ya a mí el daño? Dentro de unas horas estará aquí Fernando. Pero... es raro que no haya escrito.

LUCIA. No se preocupe de eso.

LEO. El viaje estaba señalado para hoy. No habrá tenido tiempo de avisar.

LUCIA. No siempre se puede hacer lo que se quiere.

LEO. Hablas de un modo tan frío, tan apagado... ¿Qué te sucede hoy?

LUCIA. ¿Sucederme? Nada.

LEO. ¿Estás triste?

LUCIA. No; como siempre.

LEO. Como siempre, no.

LUCIA. Si estoy un poco triste, es de ver a usted...

LEO. ¿De verme a mí?

LUCIA. De oír las cosas que dice usted.

LEO. ¿Y qué cosas quieres que diga?

LUCIA. Me refiero a lo que decía antes la señorita.

LEO. ¿Y por eso te pones de ese modo? ¿Por eso estás hoy como si te hubiera ocurrido una desgracia?

LUCIA. ¿Qué le voy a hacer?

LEO. Porque tú no te formas idea de lo que me sucede a mí. Yo pienso así, digo esas cosas que

he dicho, por el mismo amor que le tengo a Fernando.

LUCIA. Y yo no quiero que usted, señorita, tenga esos pensamientos tan negros.

LEO. Vamos, vamos, Lucía; hoy no es día de que riñamos; estoy segura de tu cariño. Me quieres bien... y estoy, sí, un poquito alegre, quiero estarlo, me esfuerzo por estarlo. Dentro de un momento... *(Se asoma al balcón.)* ¡Qué bonito está el mar! El mar azul, radiante, allá a lo lejos. El azul del mar se funde en el horizonte con el azul del cielo. ¡Inmensidad, eternidad! ¡Marchar, marchar en espíritu, como una nube, blandamente, en silencio, por la inmensidad azul! Desde aquí se oyen las sirenas de los barcos que llegan al puerto. Pero no se les ve llegar. Yo quisiera verles llegar. A mí me encanta esta casita aislada, puesta en lo alto de la colina.

LUCIA. Pero estaría mejor la señorita en la montaña.

LEO. Sí; papá no quería que habitáramos aquí, al lado del mar; pero, tú lo sabes, yo me opuse tenazmente a que nos separáramos del mar. Yo quería estar aquí, más cerca de la tierra de Africa, viendo este mar, por donde se fué y ha de volver Fernando.

LUCIA. El mar es alegre y es triste.

LEO. Ahora, Lucía, no es triste. No es triste para mí... Digo esto y, sin embargo, no sé qué pensar. Es extraño lo que me sucede. Antes creí que había entrado alguien en la habitación. Ahora, cuando tiendo la vista por la lejanía del mar, me estremezco toda.

LUCIA. ¿No ha dormido bien esta noche la señorita?

LEO. Perfectamente; toda la noche en un sueño.

LUCIA. ¿Y no ha soñado nada?

LEO. Soñaba en nubes doradas, blancas, que caminaban por el azul. Y yo era una de esas nubes que, poquito a poco, con lentitud, con suavidad, se iba disolviendo, disolviendo en el horizonte, hasta no quedar nada en el cielo limpio.

LUCIA. ¡Qué cosas tan raras piensa usted, señorita!
LEO. ¿Cosas raras? Esa es la vida.
LUCIA. Las once.
LEO. ¡Ah! Voy un momento al cuarto de Fernando; no vengas; déjame sola; quiero echar una mirada por si falta algo, y quiero también... sentirme sola allí, entre las cuatro paredes, pensar en silencio, sentir como el primer día de felicidad.
LUCIA. Yo espero aquí; veré al señor. *(Se marcha Leonor. Breve pausa. De pronto Lucía rompe a llorar amargamente. Aparece en la puerta de la derecha don Pablo y se dirige con precipitación a Lucía.)*
PABLO. ¡Por Dios, calla, calla!
LUCIA. ¡El señorito Fernando era tan bueno!
PABLO. Te puede oír Leonor.
LUCIA. No; está en la otra parte de la casa; se ha marchado un momento al cuarto del señorito.
PABLO. ¿No ha oído nada Leonor la noche pasada?
LUCIA. Cuando a las dos trajeron el primer telegrama, no hicieron ruido al llamar. Después, sí, a las cuatro, cuando llegó el segundo.
PABLO. Yo estaba inquieto, lleno de ansiedad.
LUCIA. La señorita no se despertó; estuve en su cuarto; vi que dormía.
PABLO. ¡Qué terrible situación!
LUCIA. ¡Pobre, pobre!
PABLO. Vamos, no llores más. Podría venir pronto.
LUCIA. No tardará.
PABLO. ¡Y yo tener que darle la noticia! Antes he estado en la puerta...
LUCIA. Sí, lo he comprendido.
PABLO. Y no me he atrevido a decirla nada. La vi en el balcón, contemplando el mar; gozaba de un momento de paz, de sosiego espiritual; y no quise interrumpir ese momento.
LUCIA. Será preciso, señor.
PABLO. Sí, es preciso. ¿No ha dicho Leonor nada antes? ¿No sospecha nada?

LUCIA. No, señor; todo lo que piensa es por ella misma.

PABLO. Por ella misma, sí; obsesionada con su muerte, no sospecha la muerte de los demás.

LUCIA. Y está tan triste...

PABLO. ¡Tan cerca del hecho terrible y tan distante! No sé lo que voy a decir cuando ahora, dentro de un minuto, tenga que hablarle.

LUCIA. Yo no podría, señor. Eso es una cosa tan cruel... Y la señorita está tan delicada...

PABLO. Su salud me preocupa; cada vez la veo más lejana del mundo, de las cosas... ¿Tendré fuerzas para hablar sin que desde el primer instante me traicione?

LUCIA. ¿Quiere el señor que llame a alguien?

PABLO. No, no, Lucía; nadie podrá hacer lo que yo debo hacer.

LUCIA. ¿El señor tendrá valor para hablar a la señorita?

PABLO. No sé; procuraré tener un poco de serenidad.

LUCIA. Ya parece que vuelve.

PABLO. Vete; déjanos solos.

LUCIA. ¡Está tan enferma la pobre!

PABLO. Vete, vete. *(Se marcha Lucía.)* ¡Dios mío, dadme fuerzas en este trance terrible! *(Don Pablo coge un libro, se sienta y finge abstraerse profundamente en la lectura. Aparece Leonor; se detiene un momento y avanza después hacia don Pablo, lentamente, en silencio. Al estar junto a su padre, le levanta la cabeza del libro con suavidad y le da un beso en la frente.)*

LEO. Estás un poco pálido, papá.

PABLO. La mala noche que he pasado. Y tú, ¿cómo te encuentras?

LEO. Un poco fatigada. Y no sé... no sé lo que me sucede hoy. Parece que todo alrededor de mí hay como unos velos sutiles, invisibles, que me van envolviendo. No he sentido nunca esta sensación tan extraña.

PABLO. Aprensiones tuyas, Leonor.

LEO. ¿Dices que aprensiones mías? ¿Tú crees que yo soy supersticiosa?

PABLO. No, no lo creo. Cuando eras niña, a todos nos maravillabas con tu clarividencia. Tenías—y los tienes ahora—unos ojos anchos y luminosos, y ya, a los seis años, parecía que todo el misterio del mundo se reflejaba en ellos.

LEO. ¡Qué bonito es eso que dices, papá! Ahora, en el cuarto de Fernando, yo he visto un retrato mío de cuando era niña. ¿Y sabes lo que me ha impresionado? Un mohín de los labios que parece de tristeza. ¿Era yo así cuando tenía seis años?

PABLO. Vamos, Leonor, querida Leonor; no comiences a atormentarme.

LEO. ¿Tú crees que yo temo las cosas terribles del mundo? ¿Tú no te acuerdas de mí cuando era niña?

PABLO. ¿No he de acordarme? A los ocho años ya tenías la inteligencia de una mujer hecha, de una mujer de gran talento. Tu inteligencia nos pasmaba a todos... y nos daba un poquitín de miedo.

LEO. Pero yo no tengo miedo, papá. Todos los terrores que tenéis vosotros, yo no los he tenido nunca, ni los tengo ahora.

PABLO. ¡Oh, la mujer fuerte, audaz!

LEO. Te esfuerzas en sonreír, en ser irónico. Pero yo te lo digo, papá: tu espíritu está muy lejos ahora de la ironía. Y te voy a contar lo que acabo de ver. ¿Sabes lo que acabo de ver en el cuarto de Fernando?

PABLO. No sé; tú dirás.

LEO. He echado una mirada por todo el cuarto; quería ver si faltaba algo; me he acercado al espejo y he visto sobre el cristal una arañita.

PABLO. ¿Una arañita? Claro, el cuarto está cerrado desde hace seis meses.

LEO. Y esa arañita me ha dicho muchas cosas; pero yo no me he asustado.

PABLO. ¿Por qué ibas a tener miedo?

LEO. ¿Tú crees que conocemos todo el mundo de misterio que nos rodea? ¿Tú no crees que hay signos, señales, en lo conocido que son como enlaces misteriosos con lo desconocido?

PABLO. Estás un poco enigmática.

LEO. La arañita no me ha dado miedo. Y, sin embargo, yo sabía que estaba allí por mí.

PABLO. ¿Por ti?

LEO. Sí, por mí. Papá, yo quiero hablarte con franqueza en este momento. ¿Me dejas que lo haga? ¿No te vas a poner triste?

PABLO. Habla, habla; pero no desvaríes.

LEO. ¿Desvariar yo? ¿Lo he hecho alguna vez?

PABLO. No, nunca; dí; habla.

LEO. Yo no deseo ya nada en el mundo. Mi enfermedad es incurable...

PABLO. Leonor, Leonor...

LEO. No, no protestes; la niña terrible de antaño, la niña que lo sabía todo, todo el misterio de las cosas, te habla ahora. Y ahora es ya mujer. ... es mujer que se despide del mundo.

PABLO. Vamos, hija mía; no puedo oír eso.

LEO. Y se despide del mundo, después de haber sido un momento feliz. Ahora quiere hacer feliz a otra persona: a Fernando. ¡Que mi Fernando sea dichoso en la vida!

PABLO. ¡No puedo, Leonor, no puedo oírte!

LEO. ¿No me habías prometido callar, oír en silencio?

PABLO. Pero estás diciendo desatinos.

LEO. *(Tomando la cabeza de don Pablo entre sus manos y besándole en la frente.)* No, no, papá; para mí no hay misterios ni terrores. Tú lo sabes: tú eres fuerte; deja que yo lo sea ahora también. ¡Que Fernando, libre de mí, libre de esta pobre enferma, sea feliz! La vida es para él; él puede encontrar una mujer que sea digna de su persona. A mí, durante un momento, me ha dado toda la dicha del mundo. ¿Qué podía yo esperar sino soledad y tristeza? Y él fué tan generoso que se casó conmigo. *(Don Pablo*

llora en silencio.) ¿Lloras, papá? No llores; yo ya casi no soy tuya. No soy de este mundo. Dentro de un momento, Fernando estará entre nosotros. ¿No es verdad?

PABLO. ¡Leonor, Leonor!

LEO. ¡Y cuán feliz sería yo si mientras él está aquí a mi lado, teniendo mi mano entre sus manos, acabara todo para mí!

PABLO. ¡Dios mío, no me abandones!

LEO. Esta es una hora suprema para mí. Deja que llegue hasta el fin. Sí, que acabara todo para mí, teniendo la mirada de Fernando fija en mis ojos.

PABLO. ¡No quiero, no quiero oírte hablar así!

LEO. Cada vez me siento más abatida, más débil, más cansada. No sé lo que me sucede. Debo alegrarme, alegrarme por la vuelta de Fernando, y no puedo sentirme alegre.

PABLO. Serénate, Leonor, hija mía. Haz un esfuerzo.

LEO. ¿A qué hora decíais que entraba el barco?

PABLO. ¿El barco?

LEO. Sí, sí; el barco en que viene Fernando.

PABLO. ¡Ah, sí, el barco! Me han dicho... he oído decir... que ha retrasado su llegada.

LEO. Debía entrar a mediodía. ¿No es eso? Sí, ésa era la hora. Vamos, papá; no estemos aquí. ¿No hemos de ir a esperarle?

PABLO. Sí, sí; pero hay tiempo.

LEO. No comprendo.

PABLO. Pudiera no venir.

LEO. ¡Pudiera no venir! Pero, ¿tú sabes algo?

PABLO. Nada; lo sospecho.

LEO. ¡Tú me ocultas algo!

PABLO. Leonor...

LEO. ¿Qué quieres decir?

PABLO. Yo quisiera que tú, en este momento... *(Breve pausa. Don Pablo coge las manos de Leonor. De pronto se oye a lo lejos la sirena de un barco. Don Pablo y Leonor escuchan ansiosos.)*

LEO. ¿Es la sirena del barco?

PABLO. Sí, sí, Leonor.

LEO. ¡Qué angustia! ¡Qué angustia tan grande! *(Se deja caer desplomada en un sillón.)*

PABLO. ¡Leonor, Leonor!

LEO. ¡Qué opresión tan angustiosa! Quiero morir, quiero morir...

TELON

EL SEGADOR

Estrenado en el teatro Pereda, de Santander, por la compañía de Rosario Pino, el 30 de abril de 1927.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
María...	*Rosario Pino.*
Teresa...	*Angeles Jiménez Molina.*
Pedro...	*Ramón Gatuellas.*

En una reducida y pobre casita de labriegos. Cocina con chimenea de campana; puerta al fondo; al fondo también, no lejos de la puerta, una ventana. Puerta a la derecha. En la pared de la derecha, un retablito con una Virgen, y delante de la imagen, una mariposa encendida, en un vaso. Una cuna con un niño de meses. Las paredes, blancas, con un zócalo de vivo azul, separado de lo blanco por una raya negra. Crepúsculo vespertino. María cose junto a la ventana. Breve pausa. La puerta está entornada. Entra sin llamar Pedro.

PEDRO. ¿Se puede pasar?
MARIA. Siéntese, Pedro, siéntese.
PEDRO. Como siempre, como todos los finales de mes.
MARIA. ¿Y Teresa?
PEDRO. Teresa se ha quedado un momento en la Casa de Arriba.
MARIA. ¿Y ustedes siempre bien?
PEDRO. Siempre bien por aquellas alturas.
MARIA. No están ustedes lejos de la ciudad...
PEDRO. Un poco más lejos que tú, media hora.
MARIA. ¿Y siempre trabajando?
PEDRO. No hay otro remedio; la tierra quiere asistencia continua. ¿Y tú?
MARIA. ¿Yo? Sola como siempre.
PEDRO. No debías vivir tan sola.
MARIA. Los pobres estamos siempre solos.
PEDRO. Pero debías ir al pueblo.
MARIA. ¿Y qué voy a hacer en el pueblo? Desde que murió Antonio yo no tengo deseos de nada. Y como murió aquí, yo no quiero dejar estas paredes.
PEDRO. Dos meses ya que murió...
MARIA. ¿Estuvo usted el mes pasado?

PEDRO. ¿No te acuerdas? Siempre que vamos al pueblo tenemos que descansar aquí un ratito. Teresa te quiere también mucho; ahora vendrá.

MARIA. Pocos amigos tengo yo, Pedro; ustedes son de los buenos.

PEDRO. Nosotros lo que quisiéramos es no verte sola. Y en este terrazgo tan seco... No hay en estos contornos más que retamas y aliagas.

MARIA. Yo no tengo ilusión de nada; sólo me alegra un poco el ver a mi niño.

PEDRO. ¡Está siempre tan hermoso!

MARIA. Gordito, colorado; si viera usted... Ahora está durmiendo.

PEDRO. Y tú, ¿no tienes miedo?

MARIA. Miedo, ¿a qué?

PEDRO. No sé; en los días de invierno tan sola en esta casita... ¡Y por las noches!

MARIA. ¿Quién va a querer robar a una pobre como yo?

PEDRO. ¿Quién sabe las intenciones de la mala gente, María?

MARIA. Sí, mala gente hay por el mundo.

PEDRO. Vamos, te estoy asustando. No hagas caso, pero no vivas aquí. Hazlo por tu niño.

MARIA. ¿Por mi niño?

PEDRO. ¿No puede estar enfermo?

MARIA. ¿Mi niño enfermo? Tan sano como está.

PEDRO. Si se pone enfermo, ¿cómo lo vas a cuidar aquí?

MARIA. Es verdad; si se pone enfermo el niño... No, no; no quiera Dios.

PEDRO. Teresa está en la Casa de Arriba; se ha quedado allí un poco, porque tienen el chico enfermo.

MARIA. ¿El chico de Blasa y de Tomás, los labradores de la Casa de Arriba?

PEDRO. Está muy enfermito; cuando pasábamos, hemos oído llorar dentro.

MARIA. ¿Estaban llorando?

PEDRO. Yo no los he visto; Teresa ha entrado y me ha dicho que la esperara aquí.

MARIA. Es un niño pequeñito.
PEDRO. ¿No pensaba Antonio haber labrado este sequeral?
MARIA. Tenía dos años.
PEDRO. ¿Vosotros comprasteis este pedazo de tierra para hacer un huerto?
MARIA. ¡Y era tan bonito! Yo lo vi una vez... ¿Cuando lo vi? No me acuerdo.
PEDRO. ¿Qué dices, María?
MARIA. Hablo del niño.
PEDRO. Yo te hablaba de este pedazo de tierra. Antonio hubiera hecho de todo esto un vergel.
MARIA. ¿Usted no ha querido entrar en la casa?
PEDRO. No, no... ¿Venderías tú este pedazo de tierra?
MARIA. ¿Y no han llamado al médico?
PEDRO. Oye, oye, María; yo no estoy interesado, vaya; pero si tú no necesitas esta tierra...
MARIA. Debían haber llamado al médico. ¿No sabe usted lo que tiene el niño?
PEDRO. No lo he preguntado. ¿Qué vas a hacer tú con esta tierra? Es un erial; no vale para siembra.
MARIA. Yo no sabía nada; si me hubieran llamado... Pero ¿quién se va a acordar de mí? Usted, Pedro, debiera haber entrado a verle. Yo no puedo ver sufrir a una criatura. ¿Dice usted, Pedro, que estaba muy enfermito?
PEDRO. No tardará Teresa. Hemos de llegar al pueblo antes de que sea de noche.
MARIA. Ya está aquí. *(Entra Teresa.)*
TERE. ¡Jesús, Jesús, qué malito está el niño!
MARIA. ¿Está muy enfermo?
TERE. Tiene la cara pálida, y está muy frío, muy frío.
MARIA. *(Con ansiedad; retrocediendo instintivamente, de espaldas, hacia la cuna del niño.)* ¿Tan enfermito está?
TERE. No saben lo que hacer; todos rodean a la criatura; yo he entrado; les he dicho...
PEDRO. Vamos, vamos, Teresa; cálmate.
TERE. ¿No quieres que lo cuente?
PEDRO. Habla; dí lo que quieras.

TERE. No, el nene ése no es como el de María. ¿Verdad, María? El niño de Blasa y de Tomás no es como el tuyo; el tuyo ¡es tan bonito! ¡Y está tan rollizo! ¿Verdad, María?

MARIA. *(Como cubriendo con su cuerpo la cuna del niño.)* Sí, sí; mi niño está muy sano. ¡Dios sea loado!

TERE. Eso les decía yo a todos en la Casa de Arriba: "¿Por qué no habéis tenido con este niño el cuidado que tiene con el suyo María?"

PEDRO. ¿Y qué te contestaban?

TERE. Nada; están todos como locos; no me oían.

MARIA. ¿Y qué le dan al niño?

TERE. ¿Darle? Tiene los ojos cerraditos; no habla; alguna vez suspira.

PEDRO. Ya decía yo que ese chico estaba muy pálido.

MARIA. Pues yo le he visto siempre bueno.

TERE. Sí, sí; bueno... No se puede decir lo que pasará el día de mañana. Tú, María, ¿quieres mucho a tu hijo?

MARIA. ¿Si le quiero? Como a mis propias entrañas.

TERE. ¿Ha estado malo estos días?

MARIA. No le ha sucedido nada.

TERE. Cúidale mucho. ¿Duerme ahora?

MARIA. Hace un rato que está durmiendo.

TERE. *(Acercándose a la cuna.)* A ver, a ver... ¡Qué bonito está siempre!

MARIA. *(Acunando al niño.)* Duerme, duerme, niñito mío. Duerme, duerme.

PEDRO. ¿No nos vamos?

TERE. Estaremos en el pueblo antes de anochecer. ¿Quieres tú algo para el pueblo, María?

MARIA. Yo, nada.

TERE. ¿Vas a bajar tú al pueblo pronto?

MARIA. ¿Para qué he de bajar al pueblo?

TERE. Parece que el niño se despierta.

MARIA. Duerme, duerme, niñito mío. Duerme, duerme.

TERE. ¡Qué coloradito está! El de allá arriba está tan pajizo...

PEDRO. ¿No le has aconsejado tú nada?

TERE. Cada uno de los que están alrededor del niño

manda una cosa; el niño no quiere tomar nada.

MARIA. ¿Cómo puede estar así?

PEDRO. ¿Qué van a hacer?

MARIA. Que lo lleven a la ciudad.

TERE. Ya no serviría para nada. Tiene los labios amorataditos.

MARIA. ¡Jesús, Dios mío!

TERE. ¿Tienes miedo?

PEDRO. Deja a María. No la metas en aprensiones.

TERE. Yo no le digo nada.

MARIA. Niñito mío, niñito mío. ¡Quiera Dios conservármelo siempre sano!

PEDRO. Y que lo veamos todos, María.

MARIA. Son ustedes buenos amigos míos.

PEDRO. Y que lo digas.

TERE. Para mí sería un gran dolor que se pusiera enfermo tu niño.

MARIA. *(Con ansiedad.)* ¿Enfermo mi niño?

TERE. Corren muchas enfermedades por ahí.

MARIA. No, no; que el Señor no lo quiera.

TERE. ¡Y tan lozano como está! ¿Quieres que le dé un beso?

MARIA. *(Sacando el niño de la cuna.)* Niño mío, niño querido.

TERE. Sería un dolor el ver el nene sin esos colores.

PEDRO. Vamos, Teresa, no le digas esas cosas a María.

TERE. No, si lo digo por su bien. Yo lo que quiero es que este niño sea un mozo garrido.

PEDRO. Como nosotros no tenemos chicos, tú te prendas de todos.

TERE. ¡Lo que yo quiero a los niños! *(Tomándolo en sus brazos y haciéndole fiestas.)* ¿Quién te quiere a ti, pimpollo? ¿No es verdad que todos esos males que corren por ahí no te cogerán a ti?

MARIA. ¡Jesús, me angustia usted!

PEDRO. Vaya, Teresa, deja al niño y vamos al pueblo.

TERE. *(Haciéndole fiestas al niño.)* ¡Lo que yo quiero a los niños! Estos colorcitos estarán siempre en la cara del niño. No, no; enfermito no

estará él nunca. Todos, todos están enfermos por ahí.

MARIA. (*Con angustia creciente.*) ¿Todos están enfermos por ahí?

TERE. Vaya. ¡No hay poca mortandad de criaturas en todos los caseríos de la montaña!

MARIA. ¡Mortandad de criaturas! Y yo sin saber nada.

TERE. Se han muerto, que yo sepa, diez o doce en estos días.

MARIA. ¿Diez o doce niños? ¡Dios mío, Dios mío! No, no; éste, no. ¡Líbramelo, Dios, de enfermedades!

PEDRO. Teresa, Teresa, que se nos hace tarde...

TERE. ¿No sabías nada, María? Todos esos niños han muerto en dos días.

MARIA. ¡Qué horror! No me digan ustedes eso. Sólo de pensarlo me estremezco toda. No, no será verdad.

PEDRO. Dejad esa conversación. ¿Para qué entristecerte, María?

TERE. Mira, mira, María, cómo está el niño.

MARIA. (*Tomando al niño.*) Traiga usted. ¡Ay, está mojadito el niño! Ustedes perdonen; vuelvo en seguida. (*Se entra con el niño por la puerta de la derecha.*)

TERE. Y no le he dicho nada del segador.

PEDRO. Es verdad; el segador.

TERE. ¿Crees tú que debo decírselo?

PEDRO. Ya se lo dirás sin que te lo aconseje yo.

TERE. ¿Se va a asustar mucho si se lo digo?

PEDRO. No se lo digas.

TERE. No, no se lo diré.

PEDRO. Ya verás cómo se lo dices.

TERE. ¿Crees tú que se asustará mucho?

PEDRO. Se asuste o no se asuste, tú acabarás por decírselo.

TERE. Estas señoritas de la ciudad...

PEDRO. ¿Qué tiene María de labradora?

TERE. No ha salido nunca del pueblo; hasta que se casó Antonio con ella no pisó el campo.

PEDRO. Si nos vendiera esta tierra... El ruedo de la casa es un pedazo magnífico.
TERE. ¿Buena tierra?
PEDRO. Parece peña dura, porque está sin romper; pero es todo mantillo.
TERE. ¿Nos la venderá?
PEDRO. Podíamos tenerla por un puñado de cuartos.
TERE. ¡Qué bonita finca haríamos aquí!
PEDRO. Yo no sé por qué se empeña María en estar en esta casa.
TERE. Acabará por aburrirse y marcharse al pueblo. ¿Le digo lo del segador?
PEDRO. Ya se lo dirás...
TERE. Pues es una cosa tan verdad como la luz.
PEDRO. Verdad es; muchas personas lo han visto.
TERE. Y tú también.
PEDRO. Yo también lo he visto.
TERE. ¿Va vestido de negro?
PEDRO. Cuando yo le vi, sí.
TERE. ¿Y dónde se cobija?
PEDRO. No lo sabe nadie: en la montaña.
TERE. Ya sale María. Yo no le digo nada.
PEDRO. Díselo, a ver si se asusta y se marcha.
MARIA. Miren mi niño; miren mi niñito hermoso.
TERE. ¡Qué bonito está ahora! ¡Y cómo se ríe con esos ojuelos pícaros!
PEDRO. Buen mozo promete ser.
TERE. ¡Qué manecitas tan lindas tiene! Oye, María, ¿tú te asustarás mucho?
MARIA. Asustarme, ¿de qué?
TERE. ¿Quieres que se lo diga, Pedro?
PEDRO. Vamos, mujer; ten juicio.
TERE. Yo creo que debo decírselo.
MARIA. Me acongojan ustedes; no entiendo lo que dicen. ¿Qué es eso que me ocultan?
TERE. No, no; si te lo digo es porque creo que debes saberlo.
MARIA. ¡Hablen, hablen, por Dios! Estoy intranquila.
PEDRO. ¿Ves, Teresa?
TERE. Pues no se lo diré.

MARIA. ¡No, no; hablen, por Dios! Se lo pido, se lo ruego. Díganme eso que me ocultan.

TERE. Pues... mira, María: dicen que por estos contornos anda un segador.

MARIA. ¿Un segador? ¿Y qué?

TERE. ¿Y qué? Pues que ese segador es un hombre del otro mundo.

MARIA. ¿Del otro mundo? Yo no creo en fantasmas. ¿Qué mal puede hacerme a mí un fantasma?

TERE. No digas eso; ese segador...

PEDRO. Dilo, dilo todo.

TERE. Ese segador se lleva a los niños.

MARIA. ¿Un segador que se lleva a los niños? ¡A los niños! Eso es una locura.

TERE. Sí, locura, locura... Ese segador anda de casa en casa llamando a las puertas por la noche. Cuando salen a abrir, ya se ha marchado. Va vestido de negro. Lo ven una vez aquí y otra a diez leguas de donde estaba antes.

MARIA. Y cuando llama a las puertas, ¿qué sucede?

TERE. Cuando llama a las puertas el segador, media hora después ya están los niños enfermos. No llama más que a las casas donde hay niños.

MARIA. *(Con ansiedad suprema, apretando el niño contra su pecho.)* ¡Dios mío, qué horror! ¡No, mi niño, no! No es verdad y es verdad. No lo creo y lo creo. Hable usted; más, más; dígame usted más; quiero saberlo todo. Pero, ¿es cierto o es un engaño? ¿Ha visto alguien a ese segador? ¡Mi niño, mi niño! ¡Niño mío querido! No, nunca; siempre aquí. Siempre con su madre; junto a mi pecho; mi boca en su frente. No quiero; estoy ya como loca. ¡El segador! No es verdad... No, no; Pedro, Teresa, díganme ustedes que todo eso es un embuste. ¿No es cierto que es un embuste? Estoy tranquila; mi niño está sano. ¿Han visto muchos al segador?

PEDRO. ¿Ves, ves, Teresa? ¿No te lo decía yo?

MARIA. Deje usted que hable. ¿Lo han visto muchos?

TERE. Lo han visto en la casa de la Fontana.

MARIA. ¿En la casa de la Fontana?
TERE. Y en el Carrascal.
MARIA. ¿Y en el Carrascal?
TERE. Y en los Pinares.
MARIA. ¿Y en los Pinares?
TERE. Y en la Umbría.
MARIA. ¿Y en la Umbría?
TERE. Y todos los niños que había en esas casas...
MARIA. *(Con emocióén profunda.)* ¿Y todos los niños que había en esas casas...?
TERE. Han muerto.
MARIA. ¡Han muerto! No puede ser. ¡Mi niño, mi niño adorable!
TERE. Se han puesto enfermos poco después que el segador ha llamado a la puerta.
MARIA. ¿Poco después de haber llamado?
TERE. Y cuando han abierto no le han visto.
PEDRO. Pero le han visto muchos luego, por la noche, por los caminos, con una guadaña al hombro.
MARIA. ¡Qué horror!
TERE. No, María, no temas; no vendrá por aquí.
MARIA. ¡Mi niño, mi niño adorado! *(De pronto se oyen gritos y llantos lejanos. Breve pausa.)*
TERE. ¿Oís?
MARIA. ¿Qué es?
PEDRO. Se oyen gritos y lloros.
TERE. Lloran en la casa de arriba; ha muerto, sin duda, el niño.
MARIA. Sí, lloran; ha muerto el niño. *(Apretando contra su pecho el niño.)* ¡Señor, sálvame el niño! ¡Virgen mía, que este niñito no ha hecho mal a nadie!
TERE. ¡Cómo lloran!
PEDRO. Teresa, vamos.
TERE. Vamos, Pedro.
MARIA. ¿Se marchan ustedes?
PEDRO. No hay más remedio.
TERE. Estate tranquila.
PEDRO. Adiós, María.
TERE. Adiós, María.
MARIA. Adiós, adiós. *(Se marchan; breve pausa. Ma-*

ría queda en el centro de la escena, absorta, con el niño entre los brazos, mirándolo fijamente. Después, saliendo de su doloroso ensimismamiento, dice:) ¿Qué iba yo a hacer? No lo sé... No sé lo que me sucede... No puedo pensar en nada. Y sólo se me ocurre mirar, mirar mucho, mirar fijamente a los ojitos del niño. Ya es de noche... No sé lo que iba a hacer... ¡Dios mío, no me abandones! En tu bondad infinita confío. Dejaré el niño en la cuna; me da pena separarlo de mí; quisiera tenerle siempre cogido junto a mi pecho, apretado, muy apretado. ¿Es que teniéndole yo junto a mi pecho se lo puede llevar nadie? ¡Llevarse a mi niño! ¡Separarlo de mí! ¿Separarlo para siempre? No, no; voy a dejarlo un poco en la cuna. No es verdad lo que me ha dicho Teresa; no puede ser; son mentiras, embustes. Y dicen que lo han visto muchos... ¡Y que han muerto tantos niños! *(Deja al niño en la cuna. Se oye sonar el Angelus, lejano. La luz diurna ha ido decreciendo; crepúsculo.)* El Angelus... Quiero rezar como todas las tardes... *(Se arrodilla ante el retablo y va rezando.)* "El ángel del Señor anunció a María y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo... Dios te salve, María, llena eres de gracia..." Se ha oído un ruidito... Es el viento; yo creo que no será nadie... "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra." ¡Virgen mía, libra de todos los males a mi niño! No, no; que no se lo lleven de mi lado... "Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros... Dios te salve, María..." *(Con angustia.)* ¿Hay alguien en la puerta? ¿Hay alguien? ¿Han llamado? Me parecía haber oído un golpe... ¡Un golpe en la puerta! No, no; habré oído mal... "Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios, para que nos hagamos dignos de las promesas de Cristo"... Parece que se oyen pasos fuera... ¡Qué horror... No, no; no es nadie... "Rogámoste, se-

ñora, que derrames la gracia en nuestras almas, a fin de que..." *(Se oyen, en este instante, dos o tres golpes en la puerta. María, gritando, andando de rodillas, con ademán de cubrir la cuna, se abalanza a ésta y coge el niño en los brazos.)* ¡Socorro! ¡Auxilio!... ¡Qué angustia! ¡Qué horror! Sí, sí; han llamado a la puerta; han llamado... Yo he oído los golpes... ¡Virgen, Virgen mía, que no se lleven a mi niño! *(Llorando amargamente, con su cara junto a la cara del niño.)* ¡Que no se lo lleven!... ¡No quiero! ¡No quiero! ¡Virgen mía, qué pobrecita... qué pobrecita soy!

TELON

DOCTOR DEATH, DE 3 A 5

Estrenado en el teatro Pereda, de Santander, por la compañía de Rosario Pino, el 28 de abril de 1927.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La enferma...	*Rosario Pino.*
La Hermana de la Caridad... ...	*Angeles Jiménez Molina.*
Un viejecito...	*Ramón Gatuellas.*
El ayudante del Doctor...	*Manuel Bernardos.*

Salita desmantelada. Tres paredes pintadas de azul claro. Puerta al fondo; puerta a la derecha. Una ventana a la izquierda. Ni cuadros ni cenefas ni más muebles que dos sillas y una mesita. Al levantarse el telón, se halla sentado ante la mesita—colocada junto a la puerta de la derecha—, y leyendo un libro, el Ayudante del Doctor. Breve pausa. Se oye ruido de forcejeo en la puerta del fondo. El Ayudante del Doctor debe ir vestido, en esta primera escena, con el traje blanco que se usa en las clínicas operatorias.

AYUD. ¿Quién es?
ENFER. *(Desde fuera.)* Soy yo, doctor.
AYUD. Pase usted.
ENFER. No puedo.
AYUD. Empuje usted la puerta.
ENFER. Pero si no se puede abrir.
AYUD. ¿Cómo que no? *(Se levanta y se acerca a la puerta.)*
ENFER. ¿Qué tiene esta puerta?
AYUD. ¿Está usted tirando en sentido contrario?
ENFER. No, no; hago lo que usted dice.
AYUD. Es raro; es decir, no es raro.
ENFER. ¿Dice usted que no es raro?
AYUD. Ya está, ya está.
ENFER. Sí, ya cede la puerta. *(Entra la enferma.)* ¡Qué dichosa puerta!
AYUD. ¿Cree usted que es dichosa?
ENFER. *(Sonriendo.)* No lo sé, doctor.
AYUD. Perdone usted; no soy el doctor Death; soy su ayudante.
ENFER. ¡Ah, perdone usted también!
AYUD. No hay de qué.
ENFER. ¿No es ésta la hora de la consulta?

AYUD. De la consulta especial, de tres a cinco.
ENFER. ¡Y no hay nadie!
AYUD. Los enfermos no faltan, señora. Ya verá usted.
ENFER. ¡Qué sencillo es todo esto!
AYUD. Excesivamente sencillo.
ENFER. Paredes desnudas, pintadas de azul. Y nada de cuadros ni de adornos.
AYUD. El doctor Death es un gran simplificador.
ENFER. ¿Le gusta lo sencillo?
AYUD. Tiene un profundo amor a todo lo que es sobrio.
ENFER. ¡Qué sensación tan grata experimento aquí!
AYUD. Lo celebro; todos dicen lo mismo... Al principio.
ENFER. ¿Al principio? No comprendo.
AYUD. Ya lo comprenderá usted; ahora está usted un poco cansada, tal vez nerviosa.
ENFER. Nerviosa, no. Siento una gran complacencia. Ya casi me creo curada de mi enfermedad.
AYUD. Lo mismo que todos.
ENFER. ¡Qué bonito es todo esto! Yo no creía que el doctor Death tuviera tan buen gusto.
AYUD. Señora, en nombre del doctor, un millón de gracias.
ENFER. *(Acercándose a la ventana.)* ¡Y por esta ventana se ve un jardín tan bello!
AYUD. Es el jardín del patio de la casa.
ENFER. ¿Pasean ustedes mucho por él?
AYUD. No tenemos tiempo.
ENFER. ¿El doctor estará muy ocupado?
AYUD. Todo el día trabajando... Y toda la noche.
ENFER. ¿Toda la noche? Es raro.
AYUD. Cuando usted esté enterada de todo, verá usted que no es raro.
ENFER. No comprendo algunas cosas de las que usted me dice. ¿He de estar yo enterada después de algo?
AYUD. De algo importante.
ENFER. Me intriga usted.
AYUD. No sienta usted temor ninguno.
ENFER. Me lo hace usted abrigar con sus alusiones, sus

reticencias, sus equívocos, que no comprendo.

AYUD. ¿Quiere usted sentarse? Tenga la bondad.

ENFER. ¿Tardaré mucho en pasar?

AYUD. Un momento nada más.

ENFER. ¿Tiene alguien dentro el doctor?

AYUD. Siempre hay alguien que reclame sus cuidados.

ENFER. ¿Ha oído usted?

AYUD. ¿Qué?

ENFER. Parecía que caía al suelo una cosa pesada. Se ha oído un ruido muy grande.

AYUD. Tal vez. Si usted me permite, voy a ver. *(Se marcha el Ayudante.)*

ENFER. ¡Qué extraño es todo esto! No sé qué pensar. Me he sentido un poco molesta, inquieta; más que de costumbre; he pensado que debía poner remedio a esta inquietud mía, a este malestar, y aquí he venido. Me decían... ¿Quién me lo ha dicho? Me decían que este doctor Death remediaría mis inquietudes, mi malestar. No sé; ya no me acuerdo de nada. Parece como si entre el pasado y mi presente se haya interpuesto una nube. Todo aquí, azul, limpio. Y el silencio es profundo. No entra nadie. Diríase que no habita nadie en la casa. *(Da vueltas por la estancia.)* No se oye nada. El jardín es bonito. Pero ¡qué aire fúnebre, trágico, tienen esos cipreses! No puedo apartar la vista de ellos; me atraen. ¡Qué cosas pienso! Por un lado me siento inquieta, y por otro experimento ahora un sosiego como no lo he experimentado jamás. Sí, es como una dulzura exquisita, inefable. *(Volviendo a mirar el jardín.)* ¡Cómo me atrae este jardín! ¡Ah, qué raro! Antes no había visto las siemprevivas; todo está lleno de siemprevivas... No sé qué pensar. ¡Y esos cipreses tan altos, tan rígidos, tan negros! Todo esto es un poco extraño. *(Se queda absorta en la ventana. Pausa. Entra por la puerta del fondo un viejecito. Tiene una larga barba blanca y marcha silencioso, apoyado en un bastón. Camina hasta colocarse detrás de la Enferma.)*

VIEJE. *(Tosiendo.)* ¡Ejem, ejem!
ENFER. *(Volviéndose.)* ¡Oh, qué susto!
VIEJE. No se asuste usted, señora.
ENFER. ¿Quién es usted?
VIEJE. Ya lo ve: un viejecito.
ENFER. ¿Un viejecito enfermo?
VIEJE. No, enfermo, no. Estoy sano. Digo, yo creo que no tengo nada.
ENFER. Y si no tiene usted nada, ¿cómo está usted aquí en casa del doctor?
VIEJE. ¿En casa del doctor? ¡Ja, ja, ja!
ENFER. ¿Es usted alegre?
VIEJE. ¡Oh, muy alegre! ¡Ja, ja ja! Ya lo he visto todo en el mundo.
ENFER. ¿Pero su presencia aquí...?
VIEJE. No estoy enfermo; pero he vivido mucho. Tengo noventa años.
ENFER. ¡Noventa años!
VIEJE. Ya lo creo; por eso estoy aquí.
ENFER. No comprendo.
VIEJE. Ya lo comprenderá usted. ¡Ja, ja ja! No me queda ya nada que ver en la vida. Y estoy cansado, agotado, sin fuerzas.
ENFER. Me intranquiliza usted.
VIEJE. No, no se desasosiegue; serénese. Yo estoy aquí por viejecito. No podía vivir más; me iba consumiendo como una llamita. ¿Entiende usted?
ENFER. No entiendo nada; es decir... *(Hablando consigo misma, desasosegada.)* ¡Qué desasosiego tengo! ¿Será verdad? No puedo creer tal cosa.
VIEJE. ¿Qué iba yo a hacer en el mundo? Ya no conocía a nadie; todos, todos mis amigos, mis conocidos, mis camaradas, habían... pasado por aquí.
ENFER. ¿Habían pasado por esta consulta del doctor?
VIEJE. ¿Consulta del doctor? ¡Ja, ja, ja!
ENFER. Se ríe usted de un modo especial; tan especial, que me da miedo.
VIEJE. ¿No se ha fijado usted en el nombre del doctor?

ENFER. El doctor Death.
VIEJE. Eso es; cabal: el doctor Death; es decir, el doctor Muerte.
ENFER. ¿El doctor Muerte? ¡Qué horror! No, no; usted bromea.
VIEJE. ¿Yo bromear? Aquí, señora, no se bromea.
ENFER. ¡Qué horrible! No, no puede ser... ¡Y siento un malestar!
VIEJE. ¿Ha sido usted dichosa en la vida?
ENFER. No; la dicha perfecta no existe.
VIEJE. ¿Ha tenido usted muchos afectos, muchos cariños?
ENFER. Como una sutil neblina se han disipado todos.
VIEJE. ¿Ha tenido usted muchos amigos? ¿Amigos? ¡Ja, ja, ja! Yo pregunto unas cosas tan necias. ¿Verdad?
ENFER. No, necias, no.
VIEJE. ¡Amigos! ¿Ha encontrado usted alguna amistad, leal, pura, fiel, en todos los momentos, y en los momentos terribles, difíciles, especialmente? ¡Amigos! ¡Ja, ja, ja!
ENFER. Me da usted miedo.
VIEJE. No lo tenga usted. Ya no se puede tener miedo; es decir, un poquito, todavía. Después, nada.
ENFER. ¿Después? ¿Cuándo?
VIEJE. Cuando entre usted a ver al doctor.
ENFER. ¿Y usted no va a entrar también?
VIEJE. Ya lo creo. ¿Ve usted esa puerta? *(Señalando la puerta de la derecha.)*
ENFER. Sí; la puerta de la consulta.
VIEJE. Por esa puerta se entra a ver al doctor Death. Después ya no se sale.
ENFER. ¿No se sale por aquí? Habrá otra puerta.
VIEJE. No se sale por ninguna parte.
ENFER. *(Con creciente intranquilidad.)* ¡Dios mío, Dios mío! Yo no sé lo que me sucede; me siento profundamente intranquila. ¿Dónde estaré yo? ¿Es todo esto un sueño? Diga usted, buen anciano, ¿es todo esto un sueño?

VIEJE. ¿Un sueño? Puede ser. Y ahora vamos a despertar.

ENFER. ¿Despertar? No, no; yo no quiero. Yo me marcho, huyo; no quiero estar aquí.

VIEJE. Un poco de calma. ¿Para qué quiere usted desesperarse? No conseguiría usted nada. Cuando se ha llegado hasta aquí, no se puede retroceder. ¿Ve usted lo tranquilo que yo estoy? No tengo nada; no estoy enfermo. Pero mi vida estaba consumida, agotada. ¡Qué cosa tan rara! ¿Eh? ¡Noventa años! Noventa años de ver cosas. Y ahora no me acuerdo de nada. ¡Ja, ja, ja!

ENFER. ¡Qué malestar tan profundo siento! Consuéleme usted; no me desampare.

VIEJE. Ahora, dentro de un momento, el doctor Death la consolará a usted. Yo me marcho a verle. Ea, querida señora; ánimo; no se desespere. Adiós, adiós. ¡Noventa años! ¡Ja, ja, ja! *(Se marcha el viejecito. Breve pausa.)*

ENFER. *(Tras un momento en que ha permanecido absorta, tratando de serenarse.)* ¡Bah! Son aprensiones mías. ¿Quién era ese anciano? Un loco, sí; indudablemente un loco. No es extraño; en la clínica del doctor puede haber entrado un enfermo del cerebro, un desequilibrado. No tengo duda; ese hombre era un demente... Debo creerlo así. Lo que decía era disparatado, sin sentido. Yo me encuentro bien; antes parecía que estaba un poco desazonada, febril. No tengo ya fiebre. Parece que descanso. Me sentía anhelante, fatigada, rendida, y ahora experimento una tregua en mi desasosiego. Me encuentro bien; todo ha sido una pesadilla. Veré al doctor; me examinará; me trazará un plan... Y estaré tan sana, tan fuerte, como antes. *(Esforzándose por sonreír.)* ¡Y qué estrafalario era el buen señor! Claro, con noventa años a cuestas... No sabía lo que decía. Un loco en una clínica; cosa corriente, natural. Lo extraño es que no haya nadie aquí; no se oye ningún

ruido. Ni el ayudante del doctor vuelve. Debe de estar muy ocupado. Y va pasando el tiempo. La tarde avanza. Llega el crepúsculo. Sí; la luz va decreciendo. *(Va menguando la luz.)* Debieran traer ya luces. ¡Qué disparates ha dicho ese anciano¡ Intranquila no estoy; ahora me encuentro mejor, mucho mejor que antes. *(Se pasa la mano por la cara y la posa en la frente.)* No; un poco febril, sí estoy; es verdad. ¡Y siento un poco de ansiedad! No quiero engañarme a mí misma. ¿Para qué serviría el engañarme? Estoy profundamente abatida. ¡Dios mío, sácame de este trance! ¡Cuántas cosas voy a hacer en la vida si salgo de este momento terrible! Decrece rápidamente la luz. ¿Por qué no traen luces? No se ve nada. ¿Y el jardín? Quiero ver otra vez el jardín. *(Se aproxima a la ventana para contemplar el jardín, y de pronto lanza un grito de angustia.)* ¡Qué horror! ¡Horrible, horrible! ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Dios mío, Dios mío! Todo en el jardín está lleno de cruces, de tumbas; no se ven más que sepulturas. ¿Estoy soñando? ¿Es esto una pesadilla? ¡Socorro! No quiero estar aquí; me siento desfallecer; no puedo tenerme en pie. *(Se sienta, abatida, anonadada.)* ¡Yo que estaba tan fuerte, tan sana! No puedo; no quiero... *(Llora en silencio, con la cabeza entre las manos, los codos sobre las rodillas.)* ¡No quiero, y no será! *(Exaltada, se yergue con ímpetu.)* No, no; no será ¡Todavía soy fuerte! No, no quiero. Yo quiero vivir, gozar de la vida. ¡Y viviré! Huyo de aquí; me marcho. *(Se acerca rápidamente a la puerta y trata de abrirla.)* No se puede abrir. La abriré con mis uñas, con toda mi persona. Quiero abrirla... No se puede. ¡No es posible abrir la puerta, no es posible escapar! *(Cayendo otra vez en un profundo abatimiento.)* ¡Que sea lo que Dios quiera! *(Se sienta de nuevo.)* Yo no puedo luchar más. Y lloro, lloro como una niña. Todos en este mo-

mento somos como niños débiles, sin conciencia y sin deseos. *(Respirando fuertemente, jadeante. Llora en silencio, con el cuerpo inclinado y la cabeza entre las manos. Entra por la puerta del fondo, despacito, en silencio, la Hermana de la Caridad. Se aproxima a la Enferma y le pone suavemente la mano en la espalda. La enferma levanta la cabeza.)*

HERM. ¿Llora usted?

ENFER. Lloro. Pero sé que mi llanto es inútil.

HERM. No llore usted; cálmese.

ENFER. No puedo sosegar.

HERM. Vamos, vamos; haga usted un ligero esfuerzo.

ENFER. ¡Qué angustiada estoy! Me acuerdo ahora de cuando yo era niña, de cuando tenía seis años. Yo llevaba un vestidito azul; mamá me ponía sobre sus rodillas y me daba en silencio unos besos muy apretados. Mamá era muy buena; estaba siempre triste; sufría mucho. Iba vestida de negro. Yo me acuerdo ahora de todo. Vivíamos muy alto, y desde la ventana se veía la montaña azul, con sus picachos blancos en invierno.

HERM. No se fatigue; descanse un poco.

ENFER. ¡Cuánto me acuerdo yo ahora de mi pobre madre! Con su traje negro, con su tez pálida, con sus anchas ojeras, se fué también. Yo quiero ir a verla; yo quiero que otra vez me ponga sobre sus rodillas. Y que me bese. Y que me apriete contra su pecho... Yo soy ahora pequeñita otra vez. ¿No es verdad?

HERM. Cálmese, cálmese. No se agite.

ENFER. No, no. Si estoy tranquila.

HERM. Está usted un poquito desasosegada.

ENFER. Sí, es verdad; me desasosiega la idea de que ya no podré ver más el campo, el cielo, las montañas.

HERM. No diga usted eso; los verá usted.

ENFER. No, no los veré más.

HERM. Tenga usted resignación.

ENFER. *(La escena se va iluminando con una claridad*

verde.) La luz tiene un color verde... Todo está iluminado de ese color. ¿Quién solloza en esta habitación? No hay nadie; no veo a nadie; pero es como si sollozaran. Y ahora oigo el murmullo de un rezo. Sí, rezan por mí. Pero ¿dónde? No sé ya dónde estoy. Yo quisiera marcharme; pero no tengo fuerzas para salir de aquí. Y, después de todo, ya lo mismo da.

HERM. Piense usted en otra cosa; yo estoy a su lado para atenderla en todo.

ENFER. ¿A mi lado? Poco voy a necesitar a usted ni a nadie.

HERM. No, eso no. No diga esas cosas.

ENFER. Estoy resignada. Ya no quiero ni deseo nada. Ni campos, ni montañas. ¡Adiós a todo!

HERM. Un poco de serenidad.

ENFER. La tengo. Parece como si toda mi persona flotara en el aire. Soy tenue, impalpable; todas las cosas a mi alrededor son sutiles, etéreas.

HERM. Debe venir el ayudante del doctor.

ENFER. Se ha oído un ruidito allá dentro.

HERM. Sí, debe ser el ayudante del doctor. *(Se aproxima a la puerta de la derecha. Breve pausa. Se abre la puerta y aparece rígido, vestido de negro, severamente, fúnebremente, el ayudante del doctor. Avanza hacia la enferma. La escena queda casi en tinieblas.)*

AYUD. Vamos, ya es hora; el doctor está esperando.

HERM. Ya es hora.

ENFER. Sí, sí; ya ha llegado el momento. Mi cuerpo es como si fuera de aire. *(El Ayudante y la Hermana se aproximan a la enferma; ésta se levanta de la silla; entre los dos la cogen suavemente y la van llevando despacio, con gran lentitud, hacia la puerta de la derecha.)*

AYUD. Cuidado, cuidado; camine usted despacio.

HERM. Apóyese usted bien en mí.

ENFER. No me importa ya nada. No siento terror. No, no. Antes, sí; ahora, ya no. Es como si todo fuera de una gran suavidad, de una gran dulzura.

AYUD. Dentro de un momento...

HERM. *(Rezando la oración de los agonizantes.)* "Sal, alma cristiana, de este mundo, en nombre de Dios Padre"...

ENFER. ¡Qué dulzura tan grande!

HERM. "En nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por ti padeció"... *(El grupo llega ante la puerta. En este instante la Enferma, con un movimiento brusco, se desase de sus acompañantes. Se yergue y, rígida, enhiesta, hierática, la cabeza echada hacia atrás, dice con voz clara.)*

ENFER. Infinito... *(La Hermana y el Ayudante caen de rodillas a cada lado de la puerta. Y la enferma, en la misma actitud, añade:)* Eternidad... *(Y penetra en la estancia, en tanto que los acompañantes permanecen postrados de hinojos, con la cara entre las manos.)*

TELON LENTO

EL TEATRO MODERNO

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Hispano-América		Otros países	
Año........	Pesetas 24	Año........	Pesetas 40
Semestre....	» 12	Semestre....	» 24
Trimestre...	» 6	Trimestre...	» 12

PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de Correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.



A' AGUILERA, 58 MADRID APARTADO 8012





Imp. Artística Sáez Hermanos.
Norte, 21. Tel. 16244. Madrid.